

México ante el fenómeno de Trump

por LETICIA CALDERÓN CHELIUS | Instituto Mora | lcalderon@mora.edu.mx

Era realmente difícil de prever que Donald Trump avanzaría en la carrera electoral por la presidencia de Estados Unidos de la manera como lo ha conseguido hasta ahora con la nominación republicana en el bolsillo y disputando a Hillary Clinton la delantera en las preferencias electorales entre los estadounidenses. Quien diga lo contrario, miente. De entre todo los analistas y estudiosos acuciosos de las elecciones en Estados Unidos, ninguno atinó a predecir lo que significaría la participación del vociferante candidato republicano. Nadie se adelantó a decir que su retórica humillante provocaría tal nivel de simpatía entre algunos sectores conservadores y menos que, incluso sus principales contrincantes dentro del partido republicano (Rubio y Cruz), serían atacados con la crueldad de un golpeador a sueldo. El gobierno mexicano tampoco tenía como vaticinarlo y tal vez el único pecado de los asesores de la casa presidencial mexicana fue la soberbia de creer que Hillary Clinton sería la candidata obvia y sin competencia, solo porque es la figura más conocida y persistente de la política estadounidense de los últimos años. Evidentemente, no previeron que pudiera haber ese nivel de competencia, candidatos emergentes, discursos nuevos y un electorado no tan previsible como el que se cree que existe en Estados Unidos. Desde México no se consideró seriamente que la sociedad estadounidense no sea ajena a los debates mundiales donde temas como el racismo y la xenofobia han atrapado a algunos sectores del electorado de distintos países, al mismo tiempo que asuntos como la desigualdad, la pobreza, y hasta la justicia global sí importan a sectores movilizadados, especialmente entre los jóvenes estadounidenses. A los asesores mexicanos aparentemente se les olvidó que el movimiento Occupy Wall Street (2011) si ocurrió y sucedió en el corazón de Nueva York. Desestimaron éstas y tantas otras

señales de hartazgo por el contexto local y global, lo mismo que su lado opuesto, la ambivalencia que existe entre muchos estadounidenses frente al tema migratorio y el libre comercio.

Si la candidatura de Trump es sorpresa para muchos en el mundo, para México, su gobierno y los mexicanos en general, es un dolor de estómago. En la historia reciente de los dos países lo que había privado, al menos a nivel público, es la retórica de la buena vecindad. Esto no quiere decir que la asimetría entre ambas naciones y el sometimiento del mexicano a los dictados del norte no haya sido la norma (por ejemplo, en la “guerra contra las drogas”, México acató el discurso del control férreo, mientras en Estados Unidos se debate cada vez más sobre como liberalizar su consumo). Desde los años noventa del siglo pasado el gobierno mexicano se ha distinguido como el aliado natural al gobierno de Washington frente a un bloque latinoamericano en franca oposición —hoy en crisis. Por más de dos décadas, México ha sido el socio comercial más cercano al expansionismo comercial de Estados Unidos pese a las muchas controversias mutuas por acusaciones de *dumping* y competencia desleal. Ni eso ha valido para evitar ser el blanco favorito de Trump.

Entonces ¿qué pasó? ¿En qué momento dejamos de ser “los amigos mexicanos”? De acuerdo al discurso oficial la relación con Estados Unidos ha sido excelente los últimos años, porque, según se repite casi como mantra en las esferas gubernamentales y la opinión pública nacional, “a México le va mejor con las administraciones presidenciales demócratas que con los republicanos”. Lo cual es en sí mismo una contradicción si consideramos que los años de Barak Obama han sido los de las mayores deportaciones de toda nuestra historia bilateral, que han

implicado no sólo la separación de miles de familias, sino además, el retorno forzado que no siempre ha cumplido el protocolo básico de derechos humanos firmado por ambos gobiernos. Pese a esto, y a que México ha vivido los peores años de su historia reciente de violencia asociada al combate de las bandas criminales, muchas de ellas provistas de armas de alto poder infiltradas ilegalmente a México por cortesía del propio gobierno estadounidense. Aún así, se ha mantenido un discurso diplomático de cordialidad entre ambos gobiernos en el entendido de que la candidatura triunfante sería la de la demócrata o en todo caso, un republicano “friendly” con México. Un guión perfecto que ya no existe. En este contexto sobran las hipótesis para explicar el avance de candidatos opuestos al *establishment*, (Trump y Sanders) las cuales solo cobrarán sentido con el resultado final de la elección. De lo que no hemos reflexionado demasiado es sobre el papel de México en esta encrucijada electoral estadounidense donde el discurso incendiario de Trump, ubicado a este país y a los mexicanos como objetivo de golpeteo que alimenta su campaña sin que aparentemente nadie parezca poder contrarrestar ese discurso.

¿Porqué nadie defiende a México?

Ciertamente en México han sido varias las muestras de reacción a la embestida verbal de Donald Trump quien ha calificado a los mexicanos de manera general y sin matices de criminales, violadores y aprovechados (pues según él se quedan con de la mejor parte del NAFTA). Periodistas, académicos, escritores (Jorge Ramos, Jorge Castañeda, Enrique Krauze principalmente) han convocado en diferentes momentos a contrarrestar el discurso de Trump y han advertido del “peligro para México” que representa su candidatura y eventual

presidencia. Aunque sus llamados han tenido eco en la sociedad mexicana, especialmente a través de los medios de comunicación, no han sido replicados ni mucho menos sirvieron para que se constituyeran grupos organizados para hacer efectivo este llamado a reaccionar. Además, los llamados han sido críticas a la inacción sin decir cual podría ser la acción. ¿Solicitar que los 17 millones de mexicanos que viajan por turismo a Estados Unidos cada año —cifra del año 2015— muestren su potencial económico dejando de ir a Disneylandia? ¿Dejar de ser una de las comunidades de extranjeros cuya élite económica y política compra más propiedades inmuebles en Estados Unidos? ¿La esposa del presidente de México, los gobernadores y ex gobernadores, funcionarios mexicanos y candidatos a ocupar puestos de poder en México, estarían dispuestos a vender sus propiedades valuadas en millones de dólares para de esa manera mostrar el beneficio económico que sus compras han traído a ciudades como Houston, Miami, Nueva York por mencionar algunas? Éstas serían algunas respuestas contundentes que mostrarían el peso económico que tiene México en algunos ámbitos, pero hasta ahora el llamado a reaccionar sólo ha sido un grito de alarma sin sugerir que hacer concretamente.

Por su parte, entre los políticos mexicanos ha habido distintas reacciones, algunas tan sonoras como la que encabezó el ex presidente Vicente Fox que luego de una larga ausencia mediática en el país, aprovechó la oportunidad de oro que lo colocó como la voz valiente frente al discurso de Trump. Fox refutó los calificativos de Trump en los medios de comunicación mexicanos y estadounidenses y calificó abiertamente al empresario de “fanfarrón, ignorante, loco y falso profeta”. Posteriormente se disculpó con

el precandidato, y luego nuevamente arremetió contra él. Fox es así. Sus palabras levantaron simpatía en México porque su estilo, que es exactamente igual al del empresario estadounidense se encontró con su sombra. La supuesta rivalidad activó un sentimiento patrioter que en México tiene muchos adeptos y esto le dio la oportunidad a Fox de volver a los reflectores televisivos. El ex presidente habló de “detener a Trump” por el peligro que representa, en una clara muestra de ignorancia y respeto por el proceso electoral de un país vecino que tendrá que decidir a través de elecciones entre dos candidatos con los más bajos porcentajes de simpatía de los últimos tiempos (Trump y Clinton).

Además de Fox, el Senado de la República Mexicana asumió que era su deber oponerse abiertamente a Trump e hizo un llamado público a contrarrestar los discursos del magnate contra México. Algunos senadores organizaron un acto político en que declararon “persona no grata” al empresario y posteriormente abrieron un debate público a través de una sesión de conferencias y discursos sobre el tema (5 de abril 2016). En la ronda de los llamados a repeler la agresión verbal de Trump (que cada discurso y debate repite las opiniones negativas que tiene de los mexicanos y sus amenazas de poner un muro en la frontera que el mismo gobierno mexicano debería pagar), el Partido Nueva Alianza —creación de la ex lideresa magisterial, actualmente en la cárcel—, difundió una campaña en los medios de comunicación, declarando su repudio a Trump bajo el lema “A México, se le respeta”. Sin embargo, dado que se trataba de un mensaje cargado de visiones xenofóbicas y machistas, el CONAPRED (Consejo Nacional para Prevenir la Discriminación) levantó una queja y

demandó que se retirara dicho spot del aire.

Desde la presidencia, la respuesta al discurso contra México no encuentra su propia brújula. En un inicio buscó ser mesurado y discreto, lo que se consideró como una postura tibia por parte de la opinión pública mexicana. Posteriormente, vinieron un par de entrevistas en las que el presidente Peña Nieto externó una visión simplista sobre Trump, sobre todo si consideramos el avance en las encuestas y en el número de electores que ha conseguido al interior de su propio partido. Fue entonces cuando las alertas se prendieron en Los Pinos (casa presidencial mexicana). Trump podrá ser desagradable para muchos, pero parece que muchos otros lo admiran y podrían convertirlo en el presidente con el que el gobierno mexicano tendría que dialogar a riesgo de no escalar el conflicto. Una encrucijada pocas veces vista las últimas décadas.

Fue en este escenario que el 2 de junio de 2016 fue nombrado nuevo embajador de México en Washington Carlos Sada en sustitución de Miguel Basáñez, quien no cumplió ni un año en el cargo. El que fuera embajador de México en Washington, Miguel Basáñez, había sido nombrado sin demasiado problema por parte del Senado hacía pocos meses. Se trataba de un profesor universitario viviendo en Estados Unidos hacía casi 20 años, cuyo principal atributo visible eran sus conexiones anteriores con los círculos del poder en el Estado de México, lugar de origen del actual presidente Peña Nieto. Con la turbulencia que trajo la disputa interna de los partidos, principalmente en el Republicano, fue claro que el cargo de embajador mexicano en Estados Unidos no podía seguir siendo ocupado por un profesor amigo del presidente por más distinguido que fuera, sino que

se necesitaba de personal de carrera diplomática que en México es altamente profesional aunque, en general, las embajadas y consulados son designaciones presidenciales que, en muchos casos sirven de premios de consolación, cuotas por repartir entre partidarios o en algunos casos, formas de proteger a colegas y amigos del brazo de la ley o del escándalo. En esta ocasión se optó por ubicar ahí a un funcionario del servicio exterior con años de carrera diplomática lo que se consideró un “cambio de timón” necesario para redirigir la posición de México en Estados Unidos. Este proceso está aún al momento de escribir estas líneas, en la etapa de planeación pues no es visible la dirección que se plantea seguir desde la cancillería, la embajada de México en Washington ni desde la misma presidencia. Lo único claro es que a estas alturas independientemente de quien gane la presidencia en Estados Unidos, el daño para la relación bilateral está hecho.

Nostalgia del “Mexican moment”

Al inicio de la presidencia de Enrique Peña Nieto la revista TIME ubicó al mandatario mexicano como el “salvador que el país necesitaba” (febrero 2014). La portada de esta prestigiada revista presentaba al presidente como un líder viendo al futuro prometedor y un pie de foto que decía “Saving Mexico”. Esta imagen fortaleció una retórica triunfalista que impuso el nuevo círculo en el poder en México, la cual fue avalada por diversos organismos internacionales y los propios medios de comunicación estadounidenses. Probablemente esta circunstancia contribuyó a que desde el gobierno mexicano no se calibrara con más objetividad la imagen que tiene la opinión pública internacional y la estadounidense en particular del México contemporáneo y sus habitantes. Es por

esto que más allá del tono soberbio, pedante y narcisista de Trump, algunos de los puntos que ha señalado el contendiente republicano sobre México tendrían que revisarse de manera autocrítica desde el gobierno y también desde la ciudadanía. Descalificar al contrincante, como suele hacerse en la política mexicana, no basta para derrotarlo, y señalarlo como “un peligro” no implica que no debamos revisar el fondo de algunas de las cosas que su discurso incendiario repite ante auditorios igualmente vociferantes.

En el tema migratorio los mexicanos que radican en Estados Unidos son los destinatarios más directos de las amenazas de Trump quien ha anunciado que continuará las deportaciones (que por cierto no han parado un solo día bajo el mando demócrata e incluso amenazaron con arrear). También afirmó que buscará revertir medidas como DACA (la acción diferida para jóvenes indocumentados que llegaron siendo niños a EUA). Para millones de personas estos anuncios más que amenazas son una tragedia por las implicaciones que tiene en sus vidas personales y familiares. Sin embargo, si fuéramos medianamente autocríticos podríamos decir que este argumento es tan poderoso porque México como nación, no ha generado las condiciones para recibir a los connacionales que viven bajo la amenaza latente de una deportación. Para muchos, las condiciones económicas precarias por las que se fueron de su país siguen siendo las mismas que hace 10, 20 o 30 años. Así no hay forma de responder con dignidad a estas amenazas que se escudan en repetir el discurso de que “se debe considerar la contribución de los mexicanos a la economía estadounidense” (que vaya que la hay pero por su trabajo, no por mérito del gobierno mexicano), o el argumento de que los mexicanos “hacen trabajos que los estadounidenses no

quieren hacer”, lo que es denigrante hasta de pensarlo, porque hace evidente el nivel de la mano de obra mexicana que ya sea por baja escolaridad o por capacitación básica, sigue siendo una de las de menores niveles de escolaridad entre todas las minorías en ese país. ¿Cómo puede un gobierno enorgullecerse de decir eso de sus trabajadores? ¿Cómo puede ser ese el argumento de un país para contrarrestar un discurso negativo contra toda una comunidad? En el caso de la migración calificada, ¿qué puede decir un país como México cuando dicha diáspora lo es por no tener oportunidades adecuadas en su propio país? Estos no pueden ser los argumentos para contrarrestar una embestida tan feroz como la que está dejando la campaña presidencial estadounidense.

Trump ha sentenciado también que en caso de llegar a la presidencia intervendría en el envío de remesas que los mexicanos hacen a sus familias. Esto no sólo es un atentado contra uno de los principios básicos de la cultura política estadounidense ya que la propiedad privada (y el salario lo es) se consideran valores sacrosantos. ¿Porqué la respuesta desde México es tan tibia? Esto se debe a que el promedio de envíos de remesas a México sirve para completar ingresos familiares que sin este recurso serían aún más pobres. Una respuesta contundente no es por tanto solo indignarse y considerar absurda esa propuesta —la de confiscar las remesas—, sino que México podría acelerar el proyecto de aumentar el salario mínimo a nivel nacional como se debatió en el Congreso mexicano durante meses en el año 2015. Pese al amplio debate que hubo sobre estos temas, los mismos diputados decidieron posponer el proyecto indefinidamente y con eso, condenaron a los trabajadores mexicanos a seguir percibiendo salarios raquíticos comparados con los salarios mínimos de

prácticamente toda América Latina. En este contexto, las remesas siguen siendo fundamentales para miles de familias y por eso es aún más escandaloso amenazar con detener su envío. Si en México los salarios representaran un monto más respetable que lo que ahora son, el impacto sobre el envío de remesas para la economía nacional afectaría mucho menos. Esto quiere decir que el gobierno mexicano puede cambiar las coordenadas de este debate, pero implicaría una reestructura del modelo económico que descansa en parte, precisamente, en mantener salarios de muy bajo monto (más del 90 por ciento de la población percibe menos de un máximo equivalente a 500 dólares mensuales —y ésta es la clase media mexicana—).

Otro tema que ha levantado especial controversia es la amenaza de poner una muralla (ni siquiera muro) entre ambos países. Este tema lo han debatido numerosos expertos que señalan lo absurdo política, financiera y hasta medioambientalmente hablando. Es obviamente una provocación en la que lo grave no es sólo que se utilice como slogan de campaña, sino que muestra que desde México no se ha logrado evidenciar la importancia de la vecindad entre ambos países, sobre todo en la dinámica fronteriza. Muchos reconocen esta interdependencia, pero el simple hecho de que alguien pueda proponer separar físicamente comunidades fuertemente vinculadas de manera histórica, económica y hasta familiar, hace aún más evidente la desigualdad entre las dos naciones que se presumían con mayor integración regional de lo que están mostrando.

Uno de los cuestionamientos directos a la relación con México desde Estados Unidos no sólo de parte de Trump sino del mismo Sanders, es respecto a los acuerdos comerciales y en esencia,

sobre el libre mercado (concretamente NAFTA). Las críticas al libre comercio con México se han calificado de populistas, proteccionistas o de plano cavernícolas. Tal vez lo que más sorprende en México es que los principales beneficiarios de la economía global, los ciudadanos estadounidenses, renieguen de uno de los mecanismos que alimenta su riqueza estructural (el libre comercio). Desde México, funcionarios del gobierno y diversos actores de la iniciativa privada han reaccionado francamente mal. Lo interesante es que han hecho parecer como si esta crítica fuera al país y no a un mecanismo comercial que en México tampoco cuenta con una opinión unánime. Voces como la de Jaime Zabudovsky, Herminio Blanco o Jaime Serra Puche, firmantes del T.L.C en 1994, que se han mostrado muy entusiastas de los resultados que ha tenido la balanza comercial a través del NAFTA y han salido en su defensa; sin embargo, otras voces, como la Red Mexicana de Acción Frente al libre comercio (RMALC), mantiene una postura crítica a este proyecto considerado parte de un modelo económico que en los años que lleva funcionando, coinciden a su vez con el incremento de la desigualdad y el aumento de la pobreza en el país. Por tanto, si en Estados Unidos cuestionan el NAFTA, en México no se puede negar que hay quienes se preguntan como es posible que a casi 25 años de firmado éste no ha servido para aminorar la desigualdad y no avivarla, al mismo tiempo que ha basado su competitividad en mantener salarios bajos (salario mínimo en México equivale 130 dólares al mes). Por eso, cuando los partidarios de Sanders o Trump vitorean las críticas al NAFTA, bajo los argumentos de que “las empresas e industrias abandonan distintas ciudades estadounidenses en beneficio de los mexicanos” lo que muchos se preguntan desde México es quien es el trabajador más explotado de toda la cadena laboral más allá del país donde

ese ubica y si el supuesto empleo que llega a México no es a su vez, lo que al beneficiarse de los bajos salarios, permite mantener el consumo como estilo de vida en un país como Estados Unidos.

Marca país mexicana

El tratamiento que se le ha dado a México en la contienda electoral de Estados Unidos y las secuelas que esto tendrá independientemente de quien gane, obliga a una revisión de la visión de México en el mundo y especialmente en Estados Unidos. Obliga también a repensar lo que se ha planteado como estrategia de lo que se conoce como crear una Marca País, es decir, un sello distintivo de lo que es México. Se trata de un desafío inmenso porque por un lado está la necesidad de transmitir un mensaje que dé cuenta de las potencialidades que tiene la nación mexicana siendo la decimocuarta economía más rica del mundo. Al mismo tiempo, implica reconocer que el país se ubica entre las 25 economías más desiguales del planeta. Para la Presidencia a través de la Secretaría de Relaciones Exteriores, parece que el mensaje sigue estando concentrado en proyectar una imagen de postal, en el que se exalta la belleza natural del país, sus playas, ciudades coloniales y monumentos pre-hispánicos. Sin embargo, la difusión de esta imagen ya no parece suficiente para contrastar el discurso agresivo contra México ya que hay una serie de elementos que están cobrando factura al país. La inseguridad, la violencia, la pobreza, la corrupción, la impunidad que agobian distintas regiones de México, son conocidos más allá de las fronteras nacionales y son éstos elementos los que constituyen el eje de la mala reputación que tiene hoy el país y nada se puede hacer sobre el imaginario social nacional e internacional si no hay cambios estructurales al respecto. Desde Estados Unidos el deterioro de la vida

política y la desigualdad económica en México son imágenes más potentes que todo un despliegue publicitario basado en recrear a México con bailes folclóricos. El hecho mismo de que muchos mexicanos en Estados Unidos prefieran pasar penurias ante las autoridades migratorias, mantenerse en la clandestinidad y esperar una oportunidad para permanecer en lugar de considerar volver a su país masivamente, debería ser un indicador de que México no transmite un mensaje positivo ni prometedor. Ciertamente los gritos de Trump son odiosos por el tono pendenciero y la antipatía del personaje pero también porque desde México no se ha podido dar una respuesta contundente, directa y enfática porque cada punto exige una respuesta que no tenemos.

Lecciones que podemos aprender

El lugar que ha ocupado México en el debate electoral estadounidense puede ser una oportunidad para que la clase política mexicana considere que el deterioro de la vida en el país tiene consecuencias que al final son un círculo que perjudica a la nación como un todo. Nadie hubiera imaginado que un político estadounidense se atrevería a decir y repetir en cada foro calificativo que reduce a México a una sección de la nota roja. Lo que más sorprende es que ese discurso tuvo eco y encontró adeptos que no se pueden apagar ni contrarrestar porque lamentablemente no hay elementos contundentes para acallarlos. La forma de enfrentar esas declaraciones tendría que ser con cambios estructurales que no se están dando, por ejemplo, en cuestiones de Derechos Humanos, combate a la corrupción e impunidad, decidida atención a medidas para modificar la desigualdad extrema y combatir la pobreza como vergüenza nacional. Ningún gobierno que no se plantee enfrentar estos retos puede pedir el

respeto y aprobación básica de parte de la comunidad internacional. Los mexicanos no podríamos dar una lección moral sobre la contienda electoral estadounidense ya que algunos de nuestros representantes populares son políticos del más bajo nivel que se expresan casi igual que Trump e incluso, algunos, de manera más vulgar, machista, racista y xenófoba. Por tanto, más allá de Trump, lo que las elecciones de Estados Unidos nos pueden dejar es atraer algunos de estos temas que nos aluden directamente y pensarlos no solo como ofensas sino como desafíos. Ciertamente son gritos histéricos de un personaje que arremete contra todos y no sólo contra México, aunque no podemos negarlo, aquí esos gritos resuenan con más rabia.

Referencias

Calderón Chelius, Leticia

2014 “Mi casa no es tu casa: Discriminación y procesos migratorios en México”. En *Hacia una razón antidiscriminatoria: Estudios analíticos y normativos sobre la igualdad de trato*, Teresa González Luna y Jesús Rodríguez Zepeda, coord., 351-377. México, D.F.: Consejo Nacional para Prevenir la Discriminación (CONAPRED).

Canales, Alejandro I.

2008 *Vivir del norte: Remesas, desarrollo y pobreza en México*. México, D.F.: Consejo Nacional de Población (CONAPO).

Esquivel Hernández, Gerardo

2015 *Desigualdad extrema en México: Concentración del poder económico y político*. México, D.F.: Oxfam. http://www.cambialasreglas.org/pdf/desigualdadextrema_informe.pdf.

Nexos

2005 “El futuro del TLC según sus creadores”. Nexos, 1 mayo. <http://www.nexos.com.mx/?p=11527>. ■